



Dra. CONSTANZA CERUTI

MONTE PELMO:

Trono de Dios

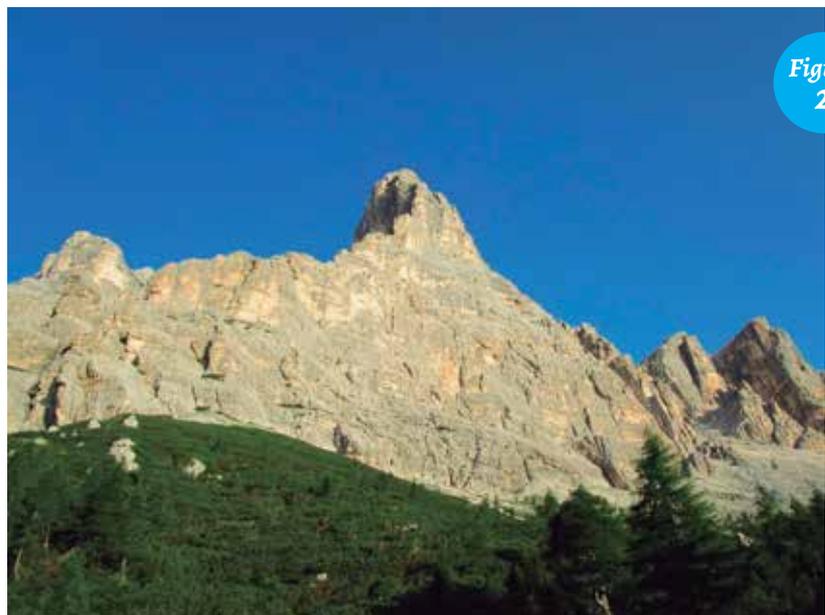
Autoetnografía de un ascenso alpino en Las Dolomitas de Cadore

En los últimos años me he dedicado en forma pionera al estudio antropológico de la dimensión sagrada del paisaje alpino, tal como fuera comunicado a mis colegas durante un congreso de arqueología de glaciares que se llevó a cabo en la Universidad de Innsbruck (Ceruti 2016a). Además de ascender exitosamente a numerosas cimas, estudiando sus santuarios, capillas e imágenes religiosas, encontré particularmente interesante documentar el folclore y las tradiciones que se entretajan en torno a estas majestuosas alturas, percibidas (y frecuentemente ascendidas) por pobladores locales, con una mezcla de entusiasmo deportivo y devoción religiosa.

En los Alpes occidentales estudié el santuario mariano de Notre Dame de Guerison, situado en las inmediaciones de Courmayeur, al pie de los glaciares que descienden del Monte Blanco (Ceruti 2015a). Tras un ascenso al monte Gran Paradiso, analicé el fenómeno del culto a la Madonnina en la cima de este gigante de los Alpes (Ceruti 2017a). Escalé también en solitario la principal cima italiana del Monte Rosa y estudié la importancia de este macizo y sus glaciares en las creencias y ritos de los pobla-

Figura
1

- El monte Pelmo o Trono de Dios, en las Dolomitas.-

Figura
2

- Vista de los contrafuertes desde el refugio Venezia. -



- Inicio de la cengia de Ball-

La noción de las montañas sagradas como “tronos” o “asientos” está arraigada en el folclore de la tradición celta.

dores Walser (Ceruti 2016b). Asimismo, recorrí la geografía del vecino monte Zerbiñón que funciona como Vía Crucis y mirador natural del Cerviño o Matterhorn (Ceruti 2015b). En los pasos del Gran San Bernardo y Pequeño San Bernardo estudié la genealogía del culto a Giove Penino y su vinculación con la figura del santo Bernardo de Aosta (Ceruti 2018c). En el valle de Susa, ascendí al monte Rocciame-lone y dediqué dos trabajos a esta puntiaguda mole cuya sacralidad se remonta al tiempo de los celtas, lugar donde se realizaron las primeras procesiones en alta montaña de las que se tenga noticia en el continente europeo (Ceruti 2017c).

En los Alpes orientales ascendí al monte Cevedale (3769 m) y a la cima del pico Similaun (3606 m), además de visitar el lugar donde en 1991 fue encontrada la momia “Otzi” -famoso hom-

bre del Hielo del Tirol-. En los Alpes Julianos escalé -en solitario y bajo condiciones climáticas adversas- la extensa pared norte del Triglav, alcanzando exitosamente su cumbre (2912 m), máxima altura de Eslovenia (Ceruti 2018b).

En el extremo oriental del arco alpino, casi íntegramente en territorio italiano, se encuentran las Dolomitas, declaradas años atrás como Patrimonio Mundial de la Humanidad por la UNESCO (Micheletti 2010). Estas “montañas pálidas” que enrojecen al atardecer, han sido mis anfitrionas en numerosas ascensiones realizadas desde 2013 hasta la fecha. Escalé en roca y en hielo a la Punta Penia de la Marmolada (3343 m), máxima altura de las Dolomitas, cuya sacralidad parece remontarse a los antiguos pobladores réticos (Ceruti 2017b). Ascendí y estudié desde el punto de vista

del folclore al monte Catinaccio D’Antermoia, legendario para los ladinos de Val di Fassa (Ceruti 2017d). Subí todas las cimas del macizo Sasso della Croce, incluyendo Heiligkreuzkofel o Sasso delle Dieci (3062 m), siendo que en las faldas de esta montaña se encuentra un importante centro de peregrinaje para los ladinos de Val Badía (Ceruti 2017d). Ascendí a la cumbre Petz del macizo de Sciliar (2563 m) y estudié su asociación con leyendas relativas a la brujería (Ceruti 2018d). Otros ascensos realizados en la región incluyen el Piz Boe (3152 m), Sass Pordoi (2990 m), Sassongher (2665 m), Lagazuoi (2783 m), Gran Cir (2532 m), Tofana di Roces (3225 m), Croda Rossa di Ses-to (2936 m), Sass di Putia (2875 m), Sass Rigais (3035 m) y Croda dal Becco (2810 m).

En mi abordaje de las ascensiones en las Dolomitas procuré seguir los consejos -e imitar dentro de lo posible la usanza tradicional- de los pobladores ladinos, quienes insisten que muchos de sus montes se pueden escalar *“senza attrezzatura”*; lo cual constituye un verdadero desafío para quienes no estén familiarizados con la verticalidad de los precipicios sobre los que se trazan muchos de los senderos dolomíticos. Una de las experiencias más exigentes resultó la ascensión del majestuoso Pelmo, macizo que domina a la región de Cadore y a la que los pobladores ladinos nombran reverencialmente como “el Trono de Dios” (Figura 1).

El famoso alpinista Reinhold Messner, cuyo abuelo era nativo de esta parte de las Dolomitas, cuenta al monte Pelmo entre las montañas más sagradas de los Alpes (Messner 2014:316). En sus libros dedica extensos párrafos a describir las dificultades que conlleva

su ascenso por las vías de mayor exigencia (véase Messner 1991). También pude aprender acerca de ésta y otras montañas al investigar la red de Museos de Montaña (MMM) que Messner ha creado en distintos rincones de la provincia alpina de Sud Tirolo (véase Ceruti 2016c).

La noción de las montañas sagradas como “tronos” o “asientos” está arraigada en el folclore de tradición celta (véase Ceruti 2016d y 2017e). La he identificado claramente, por ejemplo, en las leyendas y la toponimia de Cader Idris, montaña situada en las inmediaciones del emblemático monte Snowdon, en Gales (Ceruti 2018c ep). Adviértase que los ladinos describen similarmente al Pelmo como *“il cadergon del Padreterno”*. La modalidad de referir a montes majestuosos como “trono de Dios” fue importada a Latinoamérica, quedando asociada en el pasado reciente a la toponimia de algunos volcanes puneños y montañas altiplánicas.

El presente trabajo aborda desde una perspectiva auto-etnográfica las vivencias que acompañaron mi experiencia de ascensión a la cumbre principal del macizo dolomítico del Pelmo. Para esta investigación realicé tareas de observación participante durante el ascenso y el descenso, superando escalfriantes desfiladeros y tramos verticales de escalada en roca (sin llevar equipamiento ni utilizar ningún equipo de seguridad, adaptándome a las prácticas tradicionales de los escaladores ladinos). Además, conduje entrevistas informales en los refugios de montaña Staulanza y Venezia, en el museo local Vittorino Cazzeta y durante la festividad patronal de la Virgen del Carmen en Selva de Cadore.

Tuve el privilegio de coronar

una gran montaña alpina a la que muchos anhelan y pocos se animan a escalar. He aquí la historia.

ASCENSO AL TRONO DE DIOS

Se acerca la noche en el refugio Staulanza, a los pies del monte Pelmo. Todo se ha dado con mucha fluidez, desde el momento en que tomé la decisión de encaminarme hacia esta colosal montaña de las Dolomitas, como si una mano invisible guiara mi mis pasos. Un primer autobús desde Toblach hasta Cortina D’Ampezzo... el último autobús hacia el remoto poblado ladino de Selva di Cadore y una gentil anciana llamada Donata que me ofrece *“un passaggio”* hasta este refugio alpino, sin que yo se lo pida.

Ahora estoy a los pies de la montaña sagrada y la naturaleza ha hablado. Sé que la voz del trueno no debe ser desoída. La tormenta se cierne y cuando los rayos comienzan a estallar sobre los filos, com-

prendo inmediatamente el temor reverencial que lleva a los pobladores ladinos de la región de Cadore a llamar a esta montaña “el Trono de Dios”.

Mi historia de amor con el monte Pelmo lleva más de dos años. Desde la primera vez que leí sobre él en un libro donde el legendario alpinista Reinhold Messner relata el ascenso por su pared más difícil. La lectura debió haberme causado una profunda impresión porque entre tantas montañas referidas en aquellas páginas, el nombre del Pelmo quedó grabado en forma indeleble en la memoria.

Recuerdo haber contemplado con mis propios ojos el distintivo perfil del Pelmo desde la cumbre del monte Lagazuoi, tras mi primera escalada en las Dolomitas. Bañado en la luz de un dorado atardecer, sus formas eran inconfundibles y ciertamente me parecieron asemejarse a las de un gigantesco sillón en el que la devoción popular cree ver sentado al Padre Eterno. Pero la mayor parte del tiempo, el Pelmo permanece envuelto en un velo de nubes. Me resulto imposible fotografiarlo desde de la cima del monte Rite, adonde



- La cengia apenas discernible en la verticalidad de la pared-



- La autora asciende al Pelmo-

funciona uno de los Museos de Montaña de Messner, dedicado a las Dolomitas. Aquella vez, pese a una larga espera, la montaña sagrada se negaba a descubrirse.

Vuelvo a la realidad del refugio, donde estoy cómodamente instalada, aunque algo nerviosa ante la perspectiva del ascenso. Frente al espectáculo de la feroz tormenta eléctrica, intento abrir una lata de lentejas -mi única comida del día- y termino cortándome un dedo. "Una ofrenda de sangre"... no puedo evitar pensarlo. Las Dolomitas son montañas soleadas y hospitalarias, pero el altivo Pelmo, con su inaccesible porte y su impredecible climatología, impone un respeto que raya con el temor. Desde la ventana alcanzo a divisar el perfil del Pelmetto, uno de sus contrafuertes, y la visión de los rayos que caen en sus alturas viene acompañada de un escalofrío.

Junto a la escalera encuentro una foto aérea del Pelmo en la que se puede apreciar la ruta normal hacia la cima. Pero en aquel momento no quiero ser consciente de que lo que admiran mis ojos es lo que mis pies recorrerán al día siguiente.

Desde la perspectiva de este poster, la montaña se me antoja absolutamente inexpugnable.

El nombre del monte Pelmo ha llegado a mis oídos a través de relatos empapados de miedo. **"Es la única gran montaña de las Dolomitas que me falta"**... me había confesado un alpinista local, algo entrado en años. **"Nosotros jamás desafiaríamos al Pelmo"**, me habían explicado dos escaladores jóvenes, en el refugio Giussani, tras haber descendido conmigo desde la cima de la Tofana di Roces, algunos días atrás. **"Porque el Pelmo protege a la Civetta y esa es la montaña a la que nosotros vamos a escalar más frecuentemente"**, habían agregado, ampliando su respuesta. Ellos acababan de subir una de las vías ferratas más complicadas de las Dolomitas de Ampezzo y quedaba claro que no les faltaba experiencia, ni tampoco equipamiento. Algo amedrentó a estas personas... algo comienza a intimidarme también... y yo no traigo conmigo ni arnés ni casco para esta ascensión, ni siquiera un mosquetón o un pedazo de cuerda.

Una de las famosas "alta vías" de las Dolomitas pasa por el refugio Staulanza y quienes pernoctan allí son casi todos caminantes. No encuentro entre los huéspedes a ningún montañista experimentado a quien preguntarle acerca del Pelmo y su vía normal de acceso. A nadie parece interesarle la escalada y la indiferencia me resulta un poco frustrante. Al menos hablar de la existencia de una "vía normal" me daría un poco de esperanza... quizás serviría para mitigar esa ansiedad vespertina que precede a todo ascenso, cuando se enfrentan por primera vez el aspirante de porte humano, frente a la escala colosal de la montaña.

Me acerco al dueño del establecimiento y advierto que su rostro se repite en gigantescas fotografías en distintas cimas de los Andes e Himalayas, que adornan el comedor del refugio. Es, sin duda alguna, una de las "ego-paredes" más notorias que jamás haya visto. Le informo acerca de mi intención de escalar el Pelmo al día siguiente y me sorprende de la escasa predisposición que muestra para brindarme alguna información al respecto. Resulta inversamente proporcional a la amplia experiencia de la que hace gala en sus fotos. **"La única vez que subí al Pelmo desde aquí fue en mi adolescencia"**, me dice, mientras me escudriña con inocultable escepticismo. "Yo también subí a la cumbre del Aconcagua"... le respondo, señalando la foto de aquella cima que tanto amo. "Dos veces", agregó al pasar...

Duermo apenas dos horas, en una pequeña cama cucheta, rodeada de los ronquidos de los circunstanciales compañeros de dormitorio. Pero a las tres de la mañana, mi primera mirada ansiosa hacia el cielo

nocturno me devuelve a través de la pequeña ventana de madera, la promesa de un manto de estrellas. La tormenta ha pasado; es tiempo de partir.

Casi tres horas y doce kilómetros por un sendero agreste separan al paso Staulanza del refugio Venezia, a los pies de la ruta normal del Pelmo. Durante el día, la senda entre ambos refugios ofrece la oportunidad de un paseo con hermosas vistas hacia el monte Civetta. Pero en la oscuridad de la noche, completamente sola y sin teléfono celular, la experiencia es diferente.

La penumbra es densa pero sigo avanzando. La oscuridad me rodea y trata de intimidarme; pero no soy parte de ella. Pronto llegará la claridad del amanecer y estaré a los pies de la montaña que añoro y temo por igual.

El sendero es angosto y la espesura del bosque se hace más impenetrable entre las sombras. En mi rápido avanzar no hay tiempo para ningún titubeo, pese a que ocasionalmente, me tropiezo con alguna raíz nudosa. Los bastones de **trekking** me ayudan a no caer y sigo adelante sin perder un minuto. Mis tobillos no son de acero, pero hasta la fecha han sido a prueba de cualquier traspie.

Tengo que llegar al refugio Venezia antes de las siete de la mañana, si no quiero atravesar sola la legendaria **“cengia de Ball”**. Imagino que los pocos montañistas que se atreven a desafiar las alturas del Pelmo partirán temprano, para disminuir los riesgos. Quizás pueda sumarme a algún grupo para mitigar el peso psicológico de encarar sola a esta monumental montaña.

La temible **“cengia de Ball”** es un sendero sumamente angosto, con precipicios y paredes verticales, que fuera descubierta por un cazador en el siglo

XIX. He escuchado hablar de ella en distintas circunstancias y siempre ha sido con una mezcla de temor y cautela reverente. **“Tiene más de un kilómetro”.... “El peor problema es el paso del gato”...** De éste último se dice que hay que pasar gateando en cuatro patas, o a veces reptando, junto a un abismo siempre escalofriante.

El folclore sobre el Pelmo se multiplica, como suele suceder con las montañas legendarias. Aunque la mayoría de mis interlocutores han terminado confesando no haberse atrevido a ascender a la cima y justificando su decisión en la imposibilidad de asegurarse durante la **“cengia”**. El Trono de Dios es una de las pocas montañas de las Dolomitas en las que no se han colocado cables. **No posee vías ferratas ni senderos attrezzados.** La montaña se conserva en estado casi puro y la única vía normal es bastante expuesta. Un mal

paso puede llevar a la muerte en un abrir y cerrar de ojos.

Pero por el momento, son otros los temores que me acechan. El silencio es absoluto como la oscuridad de la noche, lo que acrecienta esos miedos que heredamos de nuestros ancestros de las cavernas. Milenios de civilización no han podido quitar de la boca del estómago la sensación que provoca adentrarnos de noche en un bosque, completamente solos.

Súbitamente, algo grande huye hacia la derecha. Con la linterna frontal casi sin baterías, no puedo siquiera intentar averiguar que es, pero se mueve ágilmente y eso me tranquiliza. **“Será un capriolo”** me digo, pensando además que no estoy en las Rocallosas Canadienses y que los osos alpinos hace años que no se ven por estas montañas. Pero estoy equivocada. Los espesos bosques de esta parte del

El Trono de Dios es una de las pocas montañas de las Dolomitas en las que no se han colocado cables. La montaña se conserva en estado casi puro y la única vía normal es bastante expuesta.



- Tramo de escalada sencilla-



- La autora avanza por el campo de nieve.-

Cadore han sido escenario de los últimos avistamientos de **Ursus Ladinus**. Además, en años recientes ha tenido lugar la reintroducción natural del lobo. Pero en aquel momento, una beatífica ignorancia nutre mis reservas de coraje. A veces es mejor desconocer lo que no conviene saber...

Los primeros atisbos del alba asoman tímidamente y pronto amanece. Continúo la marcha, dejando a mis espaldas la belleza de la gran Civetta, que domina el paisaje envuelta en los tonos de una indescriptible **enrosadira**. Al aproximarme a la base oriental del Pelmo, mis ojos quedan cautivos de la fantástica pared, de una verticalidad casi absoluta e íntegramente bañada en tonos dorados. Alcanzo a distinguir algunos puntos de colores que se mueven sobre una línea casi invisible. Es la primera imagen de la **cengia de Ball**.

Llego al refugio Venezia con la boca partida por la sed y con una intensa sensación de hambre. No he comido nada desde las lentejas de la tarde anterior, pero no tengo tiempo para desayunar. En el interior del refugio están las mesas vacías con

claros signos de haber sido ya utilizadas. Son las 6:30 de la mañana y he cubierto la distancia entre ambos refugios en apenas dos horas y media. Pero la encargada del refugio me explica que los pocos alpinistas que van a intentar el Pelmo en esta jornada han salido muy temprano, puesto que hacen falta unas cinco horas para llegar a la cima y tres o cuatro para descender. Nadie quiere estar arriba durante la tarde, cuando es más probable que se desencadene un temporal. Agradeciendo sus datos, le compro una bolsita de tostadas y continúo velozmente hacia la puerta.

Antes de iniciar el ascenso propiamente dicho, cumplo con mi ritual de hacer una pequeña ofrenda para pedir permiso. Lo aprendí en los Andes y me acompaña a todas las montañas del mundo. En este caso, mi ofrenda consiste en un pedazo de pan tostado y un poco de coca cola. Espero que la montaña no se ofenda. No llevo chocolates -mi ofrenda y snack típico en las montañas andinas- porque en esta parte de los Alpes, en pleno verano, se derriten con el calor de la tarde.

Cuando vuelvo a elevar los ojos hacia la pared, advierto que los puntitos ya no están a la vista y entiendo que me resultará muy difícil, sino imposible, alcanzar a los escaladores (**Figura 2**). Ya han completado la primera parte y rodeado la pared hasta un tramo más elevado de la cengia, que no resulta visible desde el refugio. Trago saliva y empiezo a subir. "Que Dios me ampare", pienso en silencio.

Asciendo el empinado acarreo suelto del cono de deyección y logro montarme a la cengia tras superar algunos pequeños tramos de escalada en roca bastante deleznable. Inmediatamente comprendo que esta ascensión no será nada fácil. A medida que avanzo, el sendero apenas perceptible comienza a desdibujarse dando lugar a una ascendente y angosta "faja" de roca con un precipicio casi vertical hacia abajo y una pared de roca, también vertical, hacia arriba. Apenas hay espacio para apoyar los pies y cada pocos metros encuentro puntos aún más angostos, que debo superar con mucha cautela (**Figura 3**).

El grado de exposición es importante y aparecen algunos clavos en la roca, pero yo no tengo cuerda ni mosquetón. Los paso cuidadosamente, tratando de ignorar las placas recordatorias que comienzan a aparecer, en memoria de las numerosas personas fallecidas en esta vía.

"**Il Pelmo é cattivo**"; me había dicho la señora Donata, mientras viajábamos en el autobús desde el Paso Giaú hacia Selva di Cadore. Otra anciana asentía enfáticamente con la cabeza a la afirmación en italiano de su vecina, quien calificaba, sin miramientos a la gran montaña como "malvada". Ambas lugareñas habían relatado un

trágico incidente ocurrido hace pocos años, en el que un deslave del terreno -al que los ladinos llaman frana- había costado la vida a dos rescatistas de la brigada de Socorro Alpino, mientras intentaban auxiliaban a unos escaladores austríacos. La muerte de estos rescatistas era referida como una acción imperdonable, de la que la montaña antropomorfa aparecía como implícita responsable. Ahora frente a mis ojos iban apareciendo más evidencias de los alcances del humor punitivo del monte Pelmo, o de su voraz apetito, como sería descrito en términos andinos.

Ante uno de los primeros pliegues en la pared detengo la marcha. El lugar está expuesto a la caída de rocas, pero me falta coraje para continuar. Sé que puedo hacerlo y que el terreno no está por encima de mis posibilidades, en lo que respecta a la dificultad inherente a la escalada. Además, estoy habituada a subir a los volcanes andinos, contando con varios ascensos en solitario a casi 6000 metros en montañas absolutamente remotas y aisladas. Pero la abismal y creciente verticalidad de los precipicios dolomíticos es algo con lo que estoy aprendiendo a familiarizarme.

“Si tan sólo pudiese caminar con alguien...” El deseo se expresa en medio de la magia de una montaña que no perdona, pero escucha. Busco con la mirada el refugio que se encuentra mucho más abajo y distingo a dos figuras que avanzan hacia el cono de deyección. Me ilusiono con la posibilidad de que sean alpinistas y decido esperarlos. Pero su avance es muy lento y tras una prolongada espera descubro, no sin frustración, que continúan caminando por un sendero horizontal que gira en torno a la montaña y que se conoce como “el anillo del Pelmo”. No tienen intención

de escalar a la cima.

Vuelvo sobre mis pasos aproximadamente doscientos metros y me tranquiliza descubrir que puedo recorrer este tramo de la cengia sin mayores dificultades, pese a su escalofriante apariencia. A punto de rendirme a la idea de cambiar la majestuosa cumbre por la menos pretenciosa circunambulación del “anillo”, me dispongo a descender, tratando de ignorar la frustración y la tristeza. “Prometo volver a intentarlo”, me digo buscando algún consuelo. Cuesta aceptar que no voy

a poder conocer íntimamente a un monte que me viene quitando el sueño desde hace años y cuyo apodo connota tanta sacralidad. Para mí no es una aventura; es un peregrinaje.

De improviso alcanzo a distinguir a una persona que llega al refugio montado en una bicicleta. “Otro ciclista”, pienso algo frustrada. Sin embargo, advierto con alegría que la persona en cuestión, tras dejar su bicicleta junto al refugio comienza a avanzar a pie en dirección al cono de deyección, y a una velocidad con-



Figura 8

- La cumbre y parte de la pared norte -



Figura 9

- Constanza Ceruti junto a la cruz en la cima del Pelmo -



- El gozo de alcanzar el Trono de Dios-

Finalmente, tras una marcha breve por una cresta expuesta, pero bellísima, alcanzamos la cruz que señala cima del Pelmo. En una jornada de tiempo espléndido como las que nos toca, el panorama domina gran parte de los grupos Dolomíticos y la vista se extiende hasta elevados cordones de los Alpes centrales. El reloj marca las diez de la mañana. Hemos ascendido en tan solo tres horas.

siderable. Me doy cuenta que se trata de un lugareño y me pregunto se será el "ángel de la montaña" que otras veces ha llegado en mis ascensiones, justo al momento en que pensaba abandonarlas.

"Vai in vetta?" le pregunto tímidamente en italiano, cuando finalmente pasa a mi lado. Me contesta afirmativamente con la cabeza. Es un hombre de mi edad, con muy buena condición física y de trato agradable. Le explico que yo también quisiera intentar la subida y le pregunto si le molesta que camine con él. No tiene inconvenientes. ¡Fantástico! Agradezco al Pelmo por la compañía de Fabrizio. Me entero que tiene una hija pequeña y que su esposa le dice "oso" por su costumbre de ir siempre solo a la montaña.

Trato de adecuarme al rápido ritmo de marcha del nuevo compañero y descubro, no sin

asombro, que puedo avanzar velozmente y con increíble naturalidad por la cengia, como en un trance, sin sentir ningún miedo. Viendo caminar a Fabrizio viene a mi mente una frase que leí por ahí, donde decía que **"los hijos de los Alpes caminan sin temor junto al abismo"**. Pienso que quizás las Dolomitas están empezando a "adoptarme" y por eso yo también estoy descubriendo habilidades que ignoraba poseer para desenvolverme en el terreno vertical (**Figura 4**).

Pasamos por los más delicados pasos de escalada casi sin darnos cuenta. Cubrimos la totalidad de la cengia en menos de media hora, mientras conversamos plácidamente acerca de las montañas. Estos verdaderos trances, a los que llamo "ascensos con pies alados", se cuentan entre las memorias más dulces que conservo de mi vida de montañista.

Saliendo de la cengia se inicia una nueva etapa en el ascenso al monte Pelmo. Parece una especie de curso intensivo de alpinismo, en el que se cruzan distintos tipos de terreno, enfrentando desafíos totalmente diferentes. En esta segunda parte hay que ascender un extenso y empinado sendero en zig-zag, sobre un acarreo de rocas sueltas (**Figura 5**).

El terreno me recuerda a las cenizas en las laderas de los volcanes sudamericanos. Aquí no es el equilibrio sino la resistencia aquello que se pone en juego. El paisaje que nos rodea es magnífico, realzado por paredones verticales que enmarcan el ascenso. La subida se asemeja a un esotérico rito de iniciación, con sucesivas etapas, algunas escalofriantes, otras extenuantes, otras gratificantes.

Pese a la marcha nocturna y a la falta de comida, consigo con algún esfuerzo mantener el ritmo de mi atlético compañero de escalada. Sin embargo, los primeros síntomas de la hipoglucemia se hacen presentes y le ruego a Fabrizio que me disculpe mientras ingiero unos bocados de tostada, un pedazo de queso parmesano y unos tragos de coca-cola. Es el primer alimento en más de doce horas. Mientras disfrutamos de este único y breve descanso, hago un comentario celebrando que no hemos visto a nadie durante todo el ascenso. "Pero no estamos solos", me responde, señalando a un par de pájaros negros que revolotean en torno a nosotros. Tiene razón. Y cuando los observo volar en dirección a la cumbre, sé también que la montaña nos está esperando.

El siguiente tramo del ascenso al Pelmo se desarrolla en el borde del anfiteatro que se forma entre el cuerpo principal de la montaña y sus dos

empinados contrafuertes. Para encaramarse a este sector hay que ascender numerosos escalones naturalmente labrados en la roca dolomítica por erosión glaciaria. Ante cada nuevo escalón pongo en juego distintas técnicas sencillas de escalada (**Figura 6**). La actividad entretenida, en un terreno sin mayores riesgos, adquiere una dimensión lúdica y se convierte en “la parte divertida del ascenso”. La disfrutamos mientras podemos.

Después sigue una etapa en la que se atraviesa casi íntegramente el campo de nieve que ocupa el centro del anfiteatro (**Figura 7**). En primavera es necesario el uso de crampones, pero en verano la nieve ya no está congelada. La pendiente del terreno implica que la subida se vuelve relativamente engorrosa para los escaladores, especialmente aquellos que lleguen allí después del mediodía y encuentren la nieve demasiado blanda. El panorama es exquisito, ya que sobre el blanco del nevado se recortan los contrafuertes más bajos de la montaña. Además, se comienza a divisar la cumbre, que por primera vez aparece como un punto alcanzable para un humano.

Sin embargo, aún falta un tramo de escalada algo complicado, que se requiere sortear para finalmente situarse en la cresta cumbre. Los alpinistas locales conocen a la roca friable de esta parte superior de las paredes como “los amarillos del Pelmo” y advierten acerca de la mayor peligrosidad que revisten aquí los pasos de escalada –algunos de tercer grado–. Para peor, nos apartamos de la ruta y terminamos escalando del lado más empinado y expuesto de la pared norte –aquella que Messner describía en su libro–. Horrorizada, veo como una saliente de roca a las que iba a confiarle mi peso y

mi vida, se desprende y queda, en pedazos, en mi mano. Afortunadamente, los otros apoyos se mantienen firmes. Con extremo cuidado logramos salir de la trampa en la que nos hemos metido (**Figura 8**).

Finalmente, tras una marcha breve por una cresta expuesta, pero bellísima, alcanzamos la cruz que señala cima del Pelmo. En una jornada de tiempo esplendido como las que nos toca, el panorama domina gran parte de los grupos Dolomíticos y la vista se extiende hasta elevados cordones de los Alpes centrales. El reloj marca las diez de la mañana. Hemos ascendido en tan solo tres horas.

Algunos montañistas españoles que nos han precedido, descansan sentados a los pies de la cruz, mientras almuerzan sus viandas. Fabrizio no tarda en encontrar también una piedra donde sentarse para comer. En cambio para mí, los minutos en la cima son sagrados y nunca suficientes. Tampoco me animo a sentarme en el Trono de Dios... Me paso recorriendo la cresta y tomando fotos. En el contexto de una cumbre tan ansiada, la fotografía es una forma de plegaria de

alabanza por la belleza que me rodea (**Figuras 9 y 10**).

A mis pies se abre el abismo de la pared norte del Pelmo. En el horizonte distingo a mis antiguos amores, los primeros picos dolomíticos que escalé en 2013 y 2014, entre ellos Piz Boe (3152 m), Sasso della Croce (2907 m), Sasso delle Dieci (3062 m), Sass Pordoi (2990 m), Sassongher (2665 m) Lagazuoi y Gran Cir. También saludo a mis amigos más recientes, escalados en aquellos días de Julio de 2015, entre los que distingo a la Tofana di Roces, Croda Rossa di Sesto, Sass di Putia, Sass Rigais, Croda dal Becco, Continaccio di Antermoia y Sciliar. En la distancia creo adivinar el contorno de los montes Cevedale (3769 m) y Similaun (3606 m), que también supieron recibirme en sus cumbres cubiertas de glaciares. Más allá, aunque no pueda verlos, sé que el Monte Rosa y el Gran Paradiso recuerdan mi paso por las cimas de estos dos gigantes de los Alpes... En dirección opuesta, enmarcado por los contrafuertes del Pelmo, me llama la atención un pequeño monte con una cumbre que brilla de un modo especial. Fabrizio señala que



-Iniciando el descenso-

Figura
12



- La cengia de Ball en bajada-

es la cima del Monte Rite, donde está el Museo de las Dolomitas. Siento que vuelvo al comienzo de esta historia y que el círculo se cierra.

La experiencia del Trono de Dios tiene un especial sabor a Eternidad. Bajo un sol espléndido, en una cumbre absolutamente hermosa, vivo un instante de perfecta comunión que sólo he conocido en el mundo de las altas cimas. Es por estos instantes de eternidad que bendigo mi existencia humana, pese a todas sus limitaciones y dificultades. Como sus contrapartes en el mundo físico, estos momentos intensamente espirituales son inasibles, indescriptibles, intransferibles y raras veces compartibles. No hay muchas personas en el mundo que puedan aprehenderlos en su verdadera profundidad.

Antes de iniciar el descenso vislumbro el germen de una nueva historia de amor que se inicia. Mis ojos se posan en los seductores trazos de la Punta Penia de Marmolada y siento que la sangre en las venas empieza a "imantarse" hacia este nuevo destinatario de mi fascinación alpinista. Dos días

después estaré saludando al Pelmo desde aquella cima, que es el punto más elevado de las Dolomitas. Así es mi pasión por estas montañas. Tan inagotable como el combustible espiritual del que se nutre, en cada nueva experiencia y en cada recuerdo.

Durante el descenso encuentro especialmente gozosa la cresta (**Figura 11**), el cruce del campo de nieve y la bajada por los escalones de piedra. El telón de fondo de los contrafuertes rocosos y sus verticales paredes hace que todo se vea aún más bello. La cengia, por el contrario, se vuelve más difícil y peligrosa por la pendiente descendente y la incidencia contraria de la luz (**Figura 12**). En algunos tramos advierto que la pisada firme de Fabrizio da lugar a algunos titubeos. Vamos más despacio y en silencio. El famoso "paso del gato" me hace vacilar y termino atravesándolo con una técnica a la que bautizaré como "tortuga invertida", la cual ciertamente no recomendaré a nadie.

La cengia es una metáfora de nuestra naturaleza humana, suspendida en un angosto margen entre el abismo de la

animalidad y la verticalidad angélica que apunta a la condición divina, representada por la cumbre. El ascenso de la montaña, como imagen del camino espiritual, requiere de equilibrio, constancia y esfuerzo. Puede ser difícil, pero no imposible, para quienes se comprometan a recorrerlo con seriedad.

Después de un breve saludo al pie de la pared, me despido de Fabrizio. Deseo las mayores bendiciones para él y su familia. Ojalá que su hija crezca sabiendo la persona generosa y respetuosa que es su padre como alpinista.

Me encuentro nuevamente en el cono de deyección en la base de la pared del Pelmo. Ciertamente no es "terreno firme" el que estoy pisando, ya que se trata de un acarreo muy suelto y empinado; pero en vistas de lo que he transitado previamente, se me antoja una autopista. Además, tengo finalmente la certeza de estar "fuera del alcance de la montaña". He sobrevivido a su faz tremenda y me encuentro a salvo. ¿Qué más puedo pedir? Llevaré la experiencia en el corazón y quizás algún día pueda compartirla. La aventura ha terminado, el peregrinaje continúa...

PALABRAS FINALES

Descendí el monte Pelmo por una vía boscosa hasta llegar al pueblo de Coi, con sus antiguos y bellísimos masos medievales. Mientras refrescaba los pies en un bebedero labrado en piedra, me pregunté cómo sería vivir allí, en ese punto perdido en la geografía y en el tiempo. Por encima del bosque se erguía la imagen del monte Pelmo, como una

figura amiga y protectora, a la vez inalcanzable y mítica.

Me acompañaba un matrimonio de excursionistas de mediana edad, cuyo amor por la montaña no dejaba lugar a dudas. Horas atrás, viendo el estado de deshidratación con el que yo bajaba de la cima del Pelmo, me habían invitado a beber algo en el refugio Venezia.

Tiziano quería saberlo todo sobre el ascenso. Me explicó que siempre había deseado subir el Pelmo y que nunca se había animado. La manera en que miraba y fotografiaba la montaña demostraba lo mucho que ésta significaba para él. Le dije que esperaba que el Pelmo pudiese leer su corazón y darle la merecida bienvenida a la cumbre. Agradecí la oportunidad de regresar al mundo humano acompañada para mitigar el dolor de la partida. Siempre me resulta difícil alejarme de una montaña amada. La mente está en paz por la ascensión cumplida y el cuerpo se deja atraer por la perspectiva de agua, comida y descanso. Es el alma la que se desgarró en el proceso. Un pedazo de mi corazón siempre queda en cada cima alcanzada, unido al espíritu de la montaña.

Nos detuvimos brevemente en el refugio Staulanza para buscar mi equipaje y el refugiario no tardó en acercarse a preguntarme cómo me había ido. "Muy bien, subí el Pelmo", le contesté secamente. "¿Hasta la cima?" insistió perplejo. Cuando asentí, su rostro sufrió un cambio. "Felicitaciones", balbuceó. Le agradecí y me alejé sonriendo triunfalmente.

Tiziano y su esposa me llevaron a toda velocidad en su auto hasta el poblado de Selva di Cadore, donde me aguardaba el cumplimiento de un deber profesional impostergable.

A pesar a mi apariencia, tan cercana a la de la Bergostena (una anciana de aspecto espantoso a las que la mitología ladina describe como indeseable habitante de las altas montañas dolomíticas), con el cabello desgreñado, el pantalón de polar y el interior térmico íntegramente cubiertos de polvo, ingresé al Museo Vittorino Cazzeta poco antes del horario de cierre. Eran más de las cinco y media de la tarde y las encargadas del establecimiento no pudieron evitar fruncir el ceño, ante la inesperada aparición. Sin embargo, no tardaron en

esbozar amplias sonrisas de aprobación cuando les dije -intentando disculpar mi aspecto y mi tardanza- que acababa de bajar de las alturas del Pelmo. Ellas no lo habían subido, pero se habían criado mirando al monte y emblemática figura recortada sobre las cabeceras del angosto valle. Me dieron una cálida bienvenida y me esperaron hasta el fin de la visita, con algunos libros y DVDs del museo, que me obsequiaron generosamente.

El museo custodia, entre muchos elementos importantes

La experiencia del Trono de Dios tiene un especial sabor a Eternidad. Bajo un sol espléndido, en una cumbre absolutamente hermosa, vivo un instante de perfecta comunión que sólo he conocido en el mundo de las altas cimas.

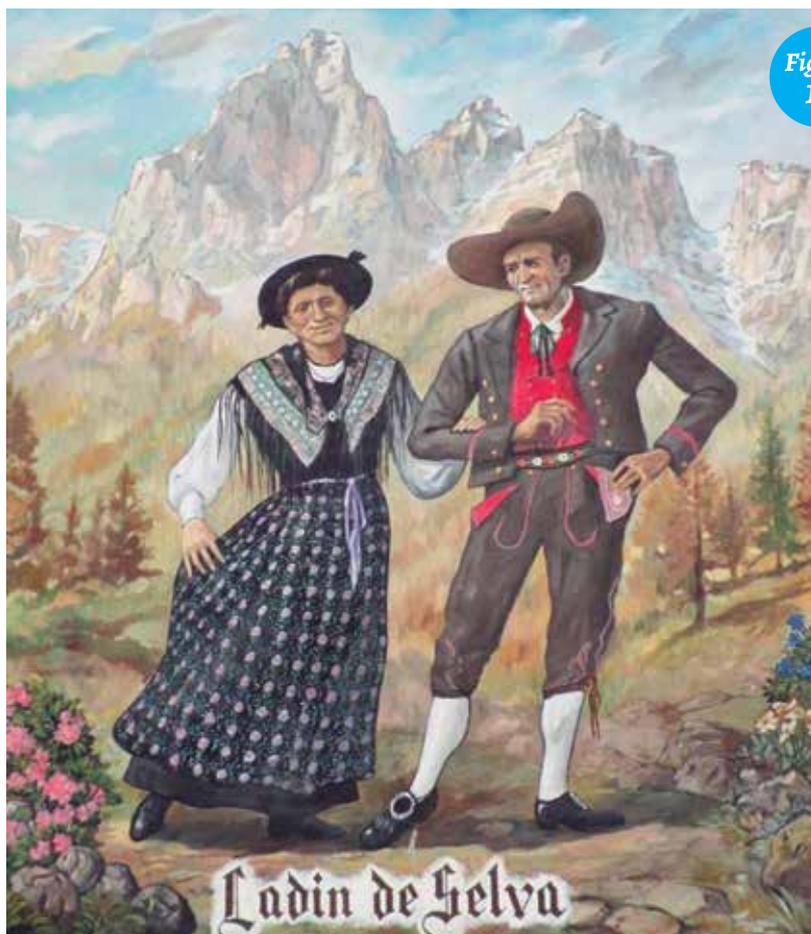


Figura 13

- Las Dolomitas representadas en un poster turístico ladino -



Paisaje de la Selva di Cadore

del patrimonio cultural y natural de la región, un enterratorio de un cazador mesolítico, al que se ha dado en llamar el Hombre de Mondaval. Ciertamente, no podía irme de la región de Cadore sin echar un vistazo a su máxima atracción arqueológica.

Encontré alojamiento, en una pequeña casa de huéspedes a cargo de un matrimonio de ancianos ladinos. El muro exterior del albergue tenía representados, a gran escala, a una pareja vestida con los trajes típicos de esta parte de las Dolomitas (**Figura 13**). Me pareció advertir un cierto parecido entre los rostros sonrientes pintados en el muro y los de mis amables anfitriones, pero no me atreví a preguntarles al respecto. Su casa era una especie de museo etnográfico, con colecciones de todo tipo de objetos antiguos (instrumentos de labranza, radios, tejidos, etc.).

Al día siguiente se celebró la Fiesta Patronal de Nuestra Señora del Carmen en Selva di Cadore. Me deleite fotografiando a las mujeres ladinas vestidas con sus trajes típicos, que paseaban por el animado mercado dominical. Otras se

congregaban en la Iglesia y rezaban con los sacerdotes. Esta escena, digna de un cuento de hadas, transcurría a los pies de un Pelmo distante, inaccesible e increíblemente atractivo. Al elevar los ojos hacia su imponente figura no podía creer que pocas horas antes había estado físicamente en aquella cima. El mundo humano y el divino habían vuelto a separarse. En silencio, con lágrimas en el alma, dije adiós al paisaje de los valles y colinas de Cadore (**Figura 14**).

Días después me encontraba en la cima del Plan de Coronas, tras haber ascendido un par de horas a pie, por un sendero en el bosque. Los habitantes de San Virgilio di Marebbe relacionan a esta colina con la mitología ladina del reino de Fanes. Porque las antiguas historias custodiadas por este pueblo alpino hablan de una doncella guerrera que fue coronada en la cima de esta montaña.

Las circunstancias eran especiales: Reinhold Messner me había invitado a la inauguración de su sexto Museo de Montaña, dedicado al alpinismo tradicional de aventuras.

Construido subterráneamente en una cima que por años ha funcionado como centro de esquí invernal, permite una de las vistas más grandiosas de las Dolomitas y lo convierte en el museo más alto de SudTirol. Al igual que los otros museos de montaña, el MMM Coronas ha sido planeado para atraer a visitantes internacionales, contribuyendo a estabilizar la afluencia turística estacional y a afianzar la conciencia patrimonial en esta parte de los Alpes (véase Ceruti 2016c).

Paseaba entre objetos cargados de historia, cuadros, esculturas tibetanas, libros, manuscritos, piolets y diversos recuerdos de los más afamados alpinistas de la historia. Pero mi corazón se detuvo cuando vislumbré un mueble-escultura de color blanco, que funcionaba como estantería para libros, cuya parte superior estaba coronada con una imagen esculpida de una montaña. Una emoción profunda me embargó cuando distinguí inequívocamente las formas del Pelmo. Para los otros visitantes era sólo un elemento más del mobiliario, junto al que caminaban sin prestar demasiada atención; para mí, un objeto mágico que me transportaba a las memorias, aún frescas, de aquella fantástica ascensión realizada pocos días antes.

Gracias al montañismo, concebido como un camino hacia lo Trascendente; y en virtud de las cumbres, con sus atisbos de eternidad, el corazón humano va volviéndose cada vez más "real"; al asentarse en cada "trono divino" (grande o pequeño) al que ascendemos a lo largo de la vida. Por un instante me encontré nuevamente en la cima del Pelmo, lugar sagrado del que tal vez nunca me fui.

REFERENCIAS CITADAS

Ceruti, María Constanza

2015a Notre Dame de Guérison: folclore alpino y devoción mariana al pie del Monte Blanco. Actas del III Congreso Internacional de Patrimonio Inmaterial. Academia Nacional del Folclore. Pp. 139-155. Salta.

2015b Nuestra Señora de las Nieves del Monte Zerbion: una devoción mariana en los Alpes. Boletín del Museo Regional de Atacama. Nro 6 Año 6: 71-81. Museo Regional de Atacama. Copiapó.

2016a From Gran Paradiso to the Dolomites: a pioneer contribution to archaeology of the sacred in the high Alps. Ponencia presentada en el IV Simposio Internacional de Arqueología de Glaciares organizado por la Universidad de Innsbruck en Octubre de 2016. Innsbruck.

2016b Los Walser del Monte Rosa y los carnavales a orillas del Lago Bodensee: influencias de ritos y creencias alpinos en la peregrinación andina de Qoyllur Ritti. Revista Haucaypata Investigaciones arqueológicas del Tahuantinsuyu N° 11: 14-27. Lima.

2016c Los Museos de Montaña de Reinhold Messner: Identidad, Turismo y Sustentabilidad en los Alpes de Sud Tirol. Journal of Sustainability Education. Vol 11. Pp. 27. Febrero 2016.

2016d Montañas Sagradas de Irlanda. Mundo Editorial. Salta

2017a La Madonnina del Gran Paradiso: alta montaña y patrimonio religioso en la cima de un gigante de los Alpes. Revista Estudios del Patrimonio Cultural N° 16: 6-20. Madrid.

2017b Marmolada y Barbolina: Folclore Ladino en el Techo de las Dolomitas. Actas del VIII Encuentro Nacional de Folclore y 5to Congreso Internacional del Patrimonio

Cultural Inmaterial. Pp. 263-273. Academia del Folclore de Salta. Salta.

2017c Bonifacio Roero: primer alpinista religioso en la historia europea. Boletín del Centro de Estudios Genealógicos de Salta N° 11: 271-289. Centro de Estudios Genealógicos. Salta.

2017d El macizo Catinaccio y el lago de Antermoia: montañas sagradas y mitología ladina en las Dolomitas de Val di Fassa (Alpes del noreste de Italia). Scripta Ethnológica XXXIX: 67-85. Centro Argentino de Etnología Americana. Buenos Aires.

2017e Montañas Sagradas de Escocia. Mundo Editorial. Salta

Ceruti, María Constanza

2018a Sasso della Croce: montaña sagrada y religiosidad ladina en las Dolomitas de Val Badia (Alto Adige, Italia). Scripta Ethnologica. Centro Argentino de Etnología Americana. Buenos Aires. En prensa.

2018b El monte Triglav: patrimonio e identidad eslovena. Manuscrito en poder de la autora. Universidad Católica de Salta. Salta.

2018c Montañas sagradas de Gales. Manuscrito en poder de la autora. Universidad Católica de Salta. Salta.

2018d El macizo de Sciliar: brujas, hechiceros y patrimonio intangible en las Dolomitas. Boletín del Instituto San Felipe y Santiago de Estudios Históricos de Salta. Instituto San Felipe y Santiago de Estudios Históricos de Salta. Salta. En prensa.

Micheletti, Cesare

2010 Dolomiti: Patrimonio Mondiale UNESCO. Tipografica Alcione. Belluno.

ACERCA DE LA AUTORA:

CONSTANZA CERUTI es Investigadora del CONICET, Directora (ad-honorem) del Instituto de Investigaciones de Alta Montaña y Profesora Titular en la UCASAL y la USAL.

Doctorada en la Universidad Nacional de Cuyo y Profesora Extraordinaria en la Maestría en Valoración del Patrimonio Natural y Cultural de la UCASAL. Es invitada recurrentemente a participar de simposios y dictar conferencias en universidades y museos del país y del extranjero. Premio Medalla de Oro de la Universidad de Buenos Aires (1996), Montañista del Año del Gobierno de la Provincia de Salta (1997), Cóndor Dorado del Ejército Argentino (2000), Exploradora Emergente de la National Geographic Society (2005), Galardón Premio Príncipe de Asturias en Comunicación y Humanidades (2006), Disertante Distinguido en Antropología por la Universidad de West Georgia (2007), Mención al Coraje de la Asociación de Exploradoras Femeninas Wings Worldquest (2007), Premio Vocación Académica (2008), Conferencista invitado al TED Global en Oxford (2009), Talento en Ascenso del Foro Mundial de Mujeres para la Economía y Sociedad en Deauville (2009), Mujer Destacada de Salta (2010), Reconocimiento de autoridades del País Vasco (2011), Doctorado Honorario en Humanidades y Letras por la Universidad Moravian College de Pennsylvania (2014), Medalla de Oro de la International Society of Woman Geographers (2017).

